

Tratábase de hallar el exacto emplazamiento de la desaparecida **Laminio**.

Anteriores investigadores la situaron dentro de La Mancha, por ejemplo, en Daimiel; otros, en Argamasilla de Alba o en Alhambra, y, otros, en Fuenllana.

Nosotros, siguiendo las instrucciones de nuestro director, comenzamos por inspeccionar los restos de las calzadas que aflúan a *Libisosa* —la actual Lezuza—, que cuenta en su haber con una inscripción en piedra, en la que se da cuenta de un homenaje que, en el año 180, tributó esta ciudad al emperador Marco Aurelio Antonino.

Después intentamos comprobar la existencia de unas calzadas sugeridas por anteriores investigadores y, al no hallar vestigios aceptables, quedó el camino libre para nuevas hipótesis.

El señor Arias no estaba conforme con los que creían que las distancias apuntadas en los documentos antes citados estaban equivocadas. ¿Por qué iban los romanos a cometer unos errores tan grandes?

Pero no era éste, sólo, el problema que para él ofrecían los datos conocidos sobre las calzadas romanas. Dando por buenas las distancias, no se hallaban en sus sitios las poblaciones indicadas. Había que empezar de nuevo a pensar.

Después de muchas horas leyendo los *Itinerarios* se dio cuenta de que unos nombres se hallaban escritos en *ablativo* —y, a veces, en *locativo*, expresión del latín vulgar— y otros nombres estaban en *acusativo*. ¿Por qué? No era presumible que quién redactó los *Itinerarios* fuera tan inculto como para no observar las reglas gramaticales más esenciales de su lengua. Entonces concibió la idea de los empalmes, y se puso a comprobar la. Así, encajaban mejor las distancias. Entre las poblaciones escritas en *ablativo* había una calzada principal, y los nombres escritos en *acusativo* indicaban que no estaban en la calzada principal, sino que, desde aquella distancia, se apartaba una secundaria que conducía al lugar citado. Tras esto, vuelta a comprobar y a hallar más luz sobre aquel punto, antes tan oscuro.

Entonces fue cuando, ágilmente, y siguiendo la orientación que da Ptolomeo, buscó al noroeste de Lezuza y midió las veintiuna millas que indica el *Itinerario*, de Antonino. Al final, marcó un punto sobre el mapa. Por allí debió estar **Laminio**. En derredor de la llamada Morra de los Castellones, casi en la periferia norte del término municipal de El Bonillo (Albacete).

El descubrirlo nos tocaba a nosotros y allá nos encaminamos el día 20 de octubre de 1963. Era un día radiante de sol. La sola contemplación a distancia de aquel paraje ya nos hizo concebir las mayores esperanzas.

En el fondo de una gran depresión natural del terreno se alza una elevada colina con visibles restos de destruidas edificaciones. Subimos a ella y hallamos gran cantidad de fragmentos de cerámica, y tan variada, que nos hizo comprender la superposición de culturas allí desarrolladas.



Laminio fue una ciudad prerromana, de remotísima ascendencia, que luego llegó a adquirir la categoría de municipio romano.

Siempre a base de inspecciones oculares sacamos la conclusión —a la vista de los muros que emergen de entre el escombro— de que allí hubo una gran construcción, que bien pudo ser la fortaleza que defendiera al caserío —los conocedores del terreno dicen que debe haber habitaciones muy grandes, porque repetidas veces se han echado hurones muy diestros y ninguno de ellos ha salido: deben caer en lugares de los que no pueden salir; también se nos ha dicho que en alguna ocasión se hallaron dos vasijas conteniendo algo que podía ser harina y, junto a ellas, dos panes calcinados.

En otros tiempos el río Córcoles, que hoy pasa lamiendo mansamente la falda de la colina, inundaría toda aquella depresión natural que la circunda —cosa que se deduce contemplando el terreno—, y formaría un formidable foso protector.

En las paredes que exteriormente forman la depresión se hallan unas cuevas que, en algún tiempo, fueron rellenadas de tierra por la mano del hombre y que hoy están semidesocupadas por otras manos tan ignoradas como las primeras. Ante estas cuevas cabe pensar si fueron enterramientos o viviendas primitivas.

De allí mismo se sacó, en algún tiempo, piedra para construir, y es curioso ver cómo aún queda una cuña de piedra clavada entre dos gruesas capas que se intentaron remover.

Luego, ya fuera de este lugar, pocos metros más al Norte y más próximo a la confluencia de los ríos Córcoles y Sotuélanos, está el paraje conocido, desde tiempo inmemorial, con el nombre de *El Villar* —pueblo pequeño, según el diccionario—. Allí, sobre las tierras que el arado removió cientos de veces, aparecen aún mayores cantidades de fragmentos de cerámica y de teja muy